

Entrando en calor

Jesús Campos García

PERSONAJES

- ADÁN** 50 años, inválido, barba canosa de dos días, demacrado, cicatrices en la frente. Viste ropa de diseño en tonos neutros.
- EVA** 40 años, pelo castaño y ondulado, piel blanca con alguna erosión. Viste traje de chaqueta en tonos neutros. Su mano izquierda la lleva escayolada.

La acción ocurre en el salón amplio y lujoso de un céntrico apartamento, en el que todo se adivina, pese a la oscuridad, en el más completo desorden. Por la ventana, y es lo único que se muestra con nitidez, se divisa la copa de un árbol en un estado lastimoso y las ruinas de unos edificios en demolición.

Al iniciarse la acción ADÁN permanece sentado, semioculto en la penumbra, tras el bulto del sofá.

(EVA llama a la puerta.)

ADÁN.- Sí... ¿Sí?

(EVA golpea con los nudillos y la puerta cede.)

ADÁN.- Adelante. Pase. Está abierto.

EVA.- ¿Sí?

ADÁN.- Pase.

EVA.- **(Empuja tímidamente. Asoma la cabeza.)** Ah, verás, yo venía...

ADÁN.- Adelante.

EVA.- Venía por... **(Lleva una mano escayolada, y una tobillera.)**

ADÁN.- Pero por favor, pase, pase; no se quede ahí.

EVA.- **(Entrando.)** Porque éste es el cuarenta y tres, ¿no? El apartamento cuarenta y tres.

ADÁN.- Sí, aquí es.

EVA.- No... no estaba segura, como tardaba... **(Mira a uno y a otro lado, haciéndose con la situación.)**

ADÁN.- Disculpe, no debí oír. Bueno, le diré, no oigo muy bien de éste.

EVA.- Venía por lo del anuncio.

ADÁN.- Pero pase, pase y cierre la puerta.

EVA.- **(Cerrando la puerta.)** Porque es aquí lo del anuncio, ¿no?

ADÁN.- Sí, claro, por supuesto.

EVA.- Por un momento pensé...

ADÁN.- Acérquese. Venga. Acérquese y póngase cómoda.

EVA.- ¿Ya?

ADÁN.- Bueno, quiero decir... que se siente.

EVA.- Yo soy Eva. Era hoy, ¿no? **(Avanza hacia él.)**

ADÁN.- Estaba esperándola.

EVA.- Creo que me retrasé un poco.

ADÁN.- No importa, no se preocupe.

EVA.- Usted... ¿Usted es Adán?

ADÁN.- Sí, en efecto. **(Bromeando.)** Promotor, propietario y principal cliente de la agencia de contactos «Adán y Eva».

EVA.- El anuncio ponía que era usted casado. ¿No?

ADÁN.- Por la iglesia.

EVA.- ¿No estará su esposa?

ADÁN.- No, mi mujer es aragonesa. Bueno, quiero decir que vive en el pueblo, con su madre.

EVA.- Me corta mucho, ¿sabe?

ADÁN.- ¿El qué?

EVA.- Eso, su mujer, que estuviera aquí, por la casa.

ADÁN.- No se preocupe.

EVA.- **(Curioseando ha llegado hasta el ventanal.)** Oiga, ese árbol es precioso.

(El aspecto del árbol, como ya se apuntó, es lastimoso.)

ADÁN.- Sí.

EVA.- No se ven ya árboles así.

ADÁN.- Pues no, ya veremos si con la obra no se desgracia.

EVA.- ¿Qué obra?

ADÁN.- ¿No ve?

EVA.- Pues la verdad, no mucho.

ADÁN.- Sobre su cabeza.

EVA.- **(Repara en el apeo que apuntala el dintel de la ventana.)** Oiga, ¿estamos seguros?

ADÁN.- Sí, sí, no se preocupe, es en la casa de al lado.

EVA.- Pero, esto está apuntalado.

ADÁN.- Cuando comenzaron la demolición se abrieron unas grietas. ¿Ve?, pero no es nada.

EVA.- ¿Está seguro de que la casa que están demoliendo es la de al lado?

ADÁN.- Fue un error de cálculo. Calcularon mal.

EVA.- Muy mal, por lo que se ve.

ADÁN.- Ya sabe, eso que hacen ahora para tirar las casas, eso de la explosión controlada.

EVA.- Pues por lo visto no controlaron.

ADÁN.- Sí, se les fue la mano.

EVA.- Vamos, un poco más y le dejan a la intemperie.

ADÁN.- Sí.

EVA.- ¿Y usted es culto y educado?

ADÁN.- ¿Perdón?

EVA.- El anuncio ponía que era usted culto y educado.

ADÁN.- Hice hasta segundo de Filosofía en la Complutense.

EVA.- ¿Pero es usted educado?

ADÁN.- La verdad es que dicho así, cara a cara..., pero... vamos, lo soy. En fin, a mí no es que me guste promocionarme, pero ya sabe, hay que dar una imagen. Cosas de la publicidad.

EVA.- Pues mire, no es por hacerle el feo, pero un caballero educado se pone de pie cuando llega una señora.

ADÁN.- ¡¡Santo Cielo!! Perdón, claro, imperdonable. Perdone que no me haya disculpado antes, pero... es que, verá... estoy indispuerto.

EVA.- ¿Indispuerto?

ADÁN.- No, no, no es nada grave. Nada que impida... Nada por lo que no pueda... Vamos, no quisiera preocuparla.

EVA.- Pues qué quiere que le diga, me preocupa.

ADÁN.- Verá, lo que pasa, es que tengo ciertas dificultades... para andar. Pero ya le digo, sólo para andar. Todo... todo lo demás está en orden.

EVA.- No contaba con una cosa así. (**Tropieza.**) Oiga, aquí no se ve ni torta. ¿No podría dar la luz?

ADÁN.- Bueno, ya sabe, es lo normal en estos casos.

EVA.- ¿Qué casos?

ADÁN.- Sí, que es la costumbre en este tipo de encuentros. Es... cómo le diría, más romántico.

EVA.- (**No deja de mirar, intentando verle.**) ¿Y puede saberse qué es lo que le pasa?

ADÁN.- No, nada, no es nada. Sólo que no puedo andar.

EVA.- ¿No estará escayolado?

ADÁN.- Ah, no, no, por supuesto que no.

EVA.- Pues yo sí.

ADÁN.- ¿Yo sí, qué?

EVA.- Que yo sí estoy escayolada.

ADÁN.- ¿Usted?

EVA.- Sí, me disloqué la mano, la muñeca, ¿ve?

ADÁN.- No lo había visto... no me había dado cuenta.

EVA.- Pero cómo lo va usted a ver, si aquí no se ven tres en un burro.

ADÁN.- Encienda si quiere. ¿Sabe lo que pasa?, que a mí la penumbra me favorece.

EVA.- ¿Dónde está el interruptor?

ADÁN.- Ahí junto a la puerta. (**Pausa.**) Si quiere, podemos encender unos candelabros.

(EVA palpando hasta encontrar el interruptor. Enciende la lámpara central. Vemos, ahora con mayor claridad, el deterioro general de la habitación, un salón de corte clásico con paramentos moldurados, el cual, con una mano de pintura gris y fucsia, adoptó un cierto aire de posmodernidad. En él se amontonan, entre muebles de vanguardia, hoy muy deteriorados, gran cantidad de cajas de conservas, sacos de arpillera, armas, algunos rifles y una caja con dos revólveres, un generador del que salen unos cables que le conectan con una alarma antirrobo colocada en el patio, un gran armario botiquín, mantas, periódicos, herramientas de albañilería, etc.; todo con gran desorden, creando una atmósfera agobiante, aunque sin destruir por completo el orden geométrico del espacio.)

EVA.- ¡Jesús, qué alivio! Es que estoy mal de la vista, ¿sabe? Nada importante, no uso gafas ni nada, pero claro, con poca luz... (**Reparando en su aspecto.**) Pero... pero... pero oiga... pero...

ADÁN.- ¿Le ocurre algo?

EVA.- ¿Se ha mirado usted al espejo?

ADÁN.- Me afeito alguna que otra vez.

EVA.- Qué barbaridad.

ADÁN.- ¿Es que no le gusta?

EVA.- Pues francamente...

ADÁN.- Ya sabe, el hombre y el oso...

EVA.- Mire, lo siento, pero lo suyo no se arregla con un refrán.

ADÁN.- (**Gesto de resignación.**) Qué quiere...

EVA.- ¿Y eso?

ADÁN.- ¿El qué?

EVA.- Eso. Eso es una silla de ruedas.

ADÁN.- Pues... sí. Ya... ya le dije que tenía dificultades.

EVA.- Sí, me lo ha dicho, ahora me lo ha dicho, pero el anuncio ponía «aspecto corriente».

ADÁN.- ¿Y qué?

EVA.- Pues que es usted paralítico.

ADÁN.- Todos los paralíticos tienen mi mismo aspecto. Es el aspecto corriente de un paralítico.

EVA.- Pero bueno, lo suyo es de un descaro...

ADÁN.- No sé de qué se queja.

EVA.- Y la cara.

ADÁN.- ¿Qué pasa con mi cara?

EVA.- Las cicatrices.

ADÁN.- ¿Tampoco le gustan mis cicatrices?

EVA.- No sé qué es lo que tiene que gustar una cicatriz.

ADÁN.- Pues que sepa que es usted la primera a la que no le gustan mis cicatrices.

EVA.- Se ve que sobre gustos no hay nada escrito.

ADÁN.- Una cicatriz en el rostro de un hombre es... como el certificado de haber vivido intensamente.

EVA.- Ve, eso lo explica todo. No hay nada que me reviente tanto como un certificado.

ADÁN.- Además, oiga, usted cobra por esto.

EVA.- ¡Que cobro?

ADÁN.- Pretende.

EVA.- Mil quinientas pesetas es una cantidad simbólica.

ADÁN.- Será todo lo simbólica que usted quiera, pero son mil quinientas pesetas. Cincuenta o cien pesetas puede decirse que es una cantidad simbólica, pero mil quinientas...

EVA.- Me excita que me paguen, qué quiere. Pero yo esto lo hago por afición, no con ánimo de lucro.

ADÁN.- Sí, sí, mucha afición y todo lo que usted quiera, pero usted se procura un rendimiento. Que conste, que a mí también me excita pagar, ¿eh?, da... ciertos derechos.

EVA.- ¡Entonces?

ADÁN.- Pero eso, una cantidad simbólica. Además, mire, lo siento, es usted demasiado complicada. No le gustan mis cicatrices, le molesta que sea paralítico, quiere cobrar mil quinientas pesetas y encima tiene el descaro de presentarse con la mano rota.

EVA.- Bueno... oiga... yo...

ADÁN.- A estos sitios, señorita, a estos sitios no se puede venir con la mano rota.

EVA.- Es la izquierda.

ADÁN.- Y si a mí me gusta que me lo hagan con la izquierda, ¿qué?

EVA.- Usted sí que es complicado.

ADÁN.- Cuando se cobra por una cosa así, hay que dar unos servicios mínimos.

EVA.- ¿Qué quiere? Me caí por la escalera.

ADÁN.- Pues claro que se cayó, no se la iba a retorcer con una llave inglesa.

EVA.- Di un traspie. Me fallan los tobillos, ¿sabe? Por eso llevo la tobillera.

ADÁN.- O sea, que también tiene el tobillo mal.

EVA.- Se disloca a veces.

ADÁN.- ¡Esto es el colmo!

EVA.- ¿Es que pensaba usted hacer algo con el tobillo?

ADÁN.- Mire, lo que yo piense hacer es asunto mío.

EVA.- Me está usted resultando un poco raro.

ADÁN.- ¿Yo raro?

EVA.- ¿Le parece normal...?

ADÁN.- Lo que pasa, es que estas cosas, a mí me gusta hacerlas como Dios manda.

EVA.- **(Reaccionando.)** Oiga, pero esto es el colmo, lo suyo es de un descarado que no tiene nombre. Está usted hecho una ruina, y me está montando el número por haber dado un traspie en la bañera.

ADÁN.- ¿En la bañera?

EVA.- Sí, ¿qué pasa?

ADÁN.- Antes dijo en la escalera.

EVA.- En la bañera o en la escalera, qué más da.

ADÁN.- No me gusta que me mientan. **(Refuerza la intención.)** Y menos que se note.

EVA.- Bueno, ha... ha sido un lapsus.

ADÁN.- Detesto los enredos.

EVA.- **(Cortante.)** Pues sabes lo que te digo. **(Titubea en el cambio entre el tú y el usted.)** Pues sabe usted lo que le digo, que si no quiere enredos, lo que tiene que hacer, es dejar de enredar.

ADÁN.- Vale.

EVA.- **(Reforzando la intención.)** ¿Me entiende?

ADÁN.- **(Apagando la voz.)** Perfectamente.

EVA.- **(Más serena.)** Bueno, bueno, bueno, qué barbaridad. En fin, esto es lo que hay, y supongo que lo que habrá que hacer será... pues eso, serenarse.

(Entretenidos con el juego, tras esta caída en la realidad, vuelven a la situación fingida, aunque ahora con menos brillantez.)

ADÁN.- (Cínico.) Además, admitirá conmigo que el concepto de belleza es algo muy personal.

EVA.- No vuelva a las andadas, ¿eh? No... no me exaspere. **(Pausa y rompe a reír.)** Vamos, vamos, vamos, no sé si reírme o asesinarle.

ADÁN.- Por mí puede hacer lo que más le apetezca. Es más, no veo la diferencia.

EVA.- Pues no es lo que más me apetece, pero ya que estamos aquí, para qué darle más vueltas.

ADÁN.- Sí, vamos a lo que vamos, que se nos va el santo al cielo.

EVA.- Vale, vale, por mí cuando quiera.

ADÁN.- Usted primero.

EVA.- Ya sabe, son... son mil quinientas.

ADÁN.- ¿Cómo dice? ¿No pretenderá...?

EVA.- Excita más.

ADÁN.- Ah, no, no, no, eso sí que no, estoy de acuerdo con usted en que... bueno, que ya que estamos aquí, pues bien, vamos, que estoy de acuerdo. Yo por mí, si quiere... Pero no pretenderá encima...

EVA.- Es lo convenido, ¿no?

ADÁN.- ¿Está loca?

EVA.- Usted dijo que le excitaba pagar.

ADÁN.- Y me excita, claro que me excita. Me excita pagar a una mujer que... que me excite.

EVA.- Oiga, ¿no estará insinuando...?

ADÁN.- No puedo pagar... Comprenda, no voy a pagar por una mujer que no esté nueva.

EVA.- Mire usted quién fue a hablar.

ADÁN.- Uno ofrece lo que tiene.

EVA.- ¡Pero qué rostro! ¿Y puede saberse por qué eso reza para usted y no reza para mí?

ADÁN.- Pues porque usted además de estar... averiada, pretende cobrar.

EVA.- (**Perdiendo el control.**) Bueno, mire, ¿sabe lo que le digo? Que hasta aquí hemos llegado. ¿Pero quién me mandará a mí? He perdido... me ha hecho perder la tarde. Tengo sólo cuatro horas, ¿sabe? Cruzo... Cruzo de un extremo a otro para acudir a esta cita absurda... y... y... y...

ADÁN.- No tiene por qué ponerse así. Tranquilícese. Tranquilícese y tratemos de buscar una solución.

EVA.- ¡Pero qué solución ni qué solución!

ADÁN.- Podemos hacer el amor... como buenos amigos.

EVA.- ¡No se lo irá a tomar encima a cachondeo?

ADÁN.- Por supuesto que no; pero sí con un cierto sentido del humor. Comprenderá que en una situación así el sentido del humor es algo imprescindible.

EVA.- No se pase, ¿eh? Entiendo... o por lo menos estoy dispuesta a entender todo lo que haya que entender, si es que es posible entender algo, pero lo que desde luego no voy a consentir, es que después de la desfachatez del anuncio, venga usted encima...

ADÁN.- ¿De mi anuncio? ¿Qué pasa con mi anuncio?

EVA.- Que es una estafa. Pero de principio a fin. Eso es lo que pasa.

ADÁN.- Ah no, no, eso sí que no, en eso se equivoca, puede que en algún detalle...

EVA.- ¿Cómo que en algún detalle?

ADÁN.- Puede, quizás, no sé, puede que haya dorado un poco la píldora.

EVA.- Si lo de aspecto corriente le parece que es sólo dorar la píldora.

ADÁN.- Mire, en lo fundamental, el anuncio no engaña en lo más mínimo.

EVA.- ¿En lo fundamental?

ADÁN.- «Casado, 41 años». Si quiere le dejo el carné. «Culto y educado». Como habrá podido comprobar. «Discreto».

EVA.- ¡Ya!

ADÁN.- Está mal que yo lo diga, pero qué quiere, soy discreto. Y ya no digamos lo de «Insatisfecho por desajuste sexual esposa».

EVA.- Sólo faltaba que fuera usted inapetente.

ADÁN.- Así que, como verá, el asunto se reduce a un simple problema de imagen.

EVA.- Estará vasectomizado, ¿no? El anuncio decía...

ADÁN.- Por supuesto que sí. Si quiere comprobarlo...

EVA.- No, no es preciso, como comprenderá, no voy a utilizar sus servicios.

ADÁN.- ¿Y eso?

EVA.- ¿Tengo que explicárselo?

ADÁN.- Pues no sé por qué se anda con tantos remilgos. Otras lo hacen.

EVA.- ¡Por la cara!

ADÁN.- Oiga, la tiene tomada con mi cara.

EVA.- No estoy tan necesitada. **(Recogiendo sus cosas para marcharse.)** Y lo que no me explico es por qué estoy aquí todavía.

(La situación hasta ahora brillante, se vuelve opaca, confusa, titubeante. Tras el juego inicial aparece una nueva realidad.)

ADÁN.- Supongo que será por su espíritu maternal.

EVA.- ¿Mi espíritu maternal? ¿Y se puede saber qué tiene que ver mi espíritu maternal en todo esto?

ADÁN.- ¿Tiene hijos?

EVA.- **(Desconcertada por la pregunta.)** Sí, uno.

ADÁN.- ¿Que tiene un hijo?

EVA.- Bueno, no, pero pude haberlo tenido.

ADÁN.- Me había alarmado. Por qué dice entonces...

EVA.- Tengo un sobrino. Sí, un sobrino, pero le quiero como a un hijo.

ADÁN.- Pues no sé qué me gusta menos.

EVA.- Si quiere... puedo no tenerlo.

ADÁN.- Es igual, ya está dicho.

EVA.- Lo preguntó de un modo que pensé que prefería...

ADÁN.- No le dé más vueltas.

EVA.- Le advierto que es un sobrino lejano, de primos... eso, de primos segundos.

ADÁN.- No me gusta la gente que tiene hijos... o sobrinos. No me excita. Habría sido preferible eliminarlo.

EVA.- Oiga, por mil quinientas pesetas no querrá que me cargue a mi sobrino.

(Tras este destello que intenta recuperar la brillantez del juego anterior, vuelven a hundirse en la realidad.)

ADÁN.- Quiero decir que... bueno, es igual, ya buscaremos la forma...

EVA.- ¡Vaya día!

ADÁN.- O sea que tiene un sobrino, ¿no?

EVA.- **(No muy convencida.)** Sí, parece ser que sí. Vamos, sí.

ADÁN.- Y lo quiere como un hijo, claro.

EVA.- Sí.

ADÁN.- Normal, y usted sin duda, al verme en esta situación ha pensado en su hijo, bueno, en su sobrino, y se ha dicho...

EVA.- Para nada, no he pensado en mi sobrino para nada. No pienso en mi sobrino en situaciones como ésta.

ADÁN.- Verá, quizás inconscientemente...

EVA.- ¡Inconscientemente? ¿Pero cómo se permite... cómo se atreve a aventurar historias sobre mi inconsciente?

ADÁN.- Sólo quería explicarle por qué no se ha ido desde el primer momento.

EVA.- Y usted qué sabe.

ADÁN.- Tengo experiencia en situaciones como ésta, y eso me permite...

(Finalmente consiguen recuperar un cierto entusiasmo y, divertidos, se enganchan de nuevo en la ficción.)

EVA.- Mire, ve, eso es razonable. Admito... reconozco que no tengo experiencia en situaciones como ésta.

ADÁN.- No es posible. No me diga que es la primera vez que contesta a un anuncio.

EVA.- No, no, claro que no, por supuesto que no. Tengo experiencia en este tipo de contactos. Pero no pensará que detrás de cada anuncio hay un tullido, vamos si eso fuera así, la sección de contactos sólo la leerían los vendedores de ortopedia.

ADÁN.- No me diga que no hay un tullido detrás de cada anuncio. Bueno, dejémoslo. Verá... lo que yo quería decirle...

EVA.- Sé lo que quería decirme. Quería decirme eso, que tiene experiencia en ver aparecer mujeres que llegan buscando una aventura y se quedan de piedra al ver el espectáculo.

ADÁN.- No es necesario que sea cruel.

(Se dispara la alarma y esto les obliga a enfrentarse con la situación real, por más que continúen con diálogos fingidos.)

EVA.- ¿Qué es? ¿Qué pasa?

ADÁN.- La alarma.

EVA.- ¿Cómo?

ADÁN.- Sí, no, no se preocupe. No es nada. Es una alarma antirrobo.

EVA.- ¿Están robando? ¿Quiere decir...?

ADÁN.- Se dispara sola.

EVA.- ¿Está seguro de que no habrá nadie...?

ADÁN.- Tranquila.

EVA.- ¿Pero... pero por qué no la quita?

ADÁN.- ¿Cómo?

EVA.- ¿No hay interruptor?

ADÁN.- Sí, pero no es posible.

EVA.- ¿Cómo que no?

ADÁN.- Es... bueno, es del comercio de abajo.

EVA.- Tiene que haber un modo de hacerla callar.

ADÁN.- No, no hay forma. Es imposible. Pero ya le digo, no se preocupe.

EVA.- Me pone nerviosa.

ADÁN.- Sí, es molesto.

EVA.- Me saca de quicio.

ADÁN.- No dura mucho. Apenas un par de minutos y ella sola se desconecta.

(La alarma se desconecta, lo que de algún modo aminora la tensión.)

EVA.- Pues menos mal.

ADÁN.- Ve.

EVA.- ¡Qué escándalo!

ADÁN.- No es para tanto.

EVA.- Te deja sorda. ¿Y a cualquier hora...?

ADÁN.- Pues... sí.

EVA.- Pues sí que es un fastidio.

ADÁN.- Le advierto que yo prácticamente ni la oigo.

EVA.- Claro, como que está más sordo que una tapia.

ADÁN.- Tampoco es eso.

EVA.- **(Tras una pausa.)** ¿Y bien?

ADÁN.- ¿Cómo dice?

EVA.- Le decía, que eso, que me ha fastidiado la tarde.

ADÁN.- Ah.

EVA.- Y que aquí me tiene de pie como una tonta, esperando que un Don Juan de pacotilla me explique por qué estoy aquí de pie como una tonta, y además no me lo explica.

ADÁN.- Ah, perdone, me había distraído con la alarma.

EVA.- Pues hay que estar en lo que se está, que luego las cosas no funcionan.

ADÁN.- Lo que quería decirle, es que al verme en este estado, pues habrá pensado: «si mi sobrino estuviera en una situación así»... y la sola idea le ha sobrecogido.

EVA.- Sobrecogida sí que estoy.

ADÁN.- Y bueno, eso, que se habrá dicho: «Pobre hombre, no puedo marcharme y dejarlo así, sin antes satisfacer sus deseos».

EVA.- ¿No pretenderá excitarme con la idea de un incesto?

ADÁN.- Es un sobrino, ¿no? El Vaticano en un caso así concede dispensa.

EVA.- Pero qué cabeza más enrevesada.

ADÁN.- Qué quiere, es la necesidad.

EVA.- A usted lo que le pasa es que es un cínico.

ADÁN.- Puedo asegurarle que no siempre he sido así.

EVA.- Ah, ¿no es de nacimiento?

ADÁN.- No sabía que hubiera cínicos de nacimiento. Mire, el cínico no nace, se hace.

EVA.- Me refería a...

ADÁN.- Ya, ya sé a qué se refería, y no, no es de nacimiento.

EVA.- ¿Un accidente?

ADÁN.- No, bueno, sí, en cierto modo.

EVA.- Claro, si es que van ustedes como locos y luego pasa lo que pasa.

ADÁN.- No sabría qué decirle.

EVA.- Aunque claro, usted dirá que la culpa fue del otro.

ADÁN.- Por supuesto, yo nunca le habría atacado.

EVA.- ¿Atacado? Pero... ¿pero es que fue en una pelea?

ADÁN.- Sí, según se mire. Vamos, sí, puede decirse que fue en una pelea.

EVA.- Pero usted dijo que fue en un accidente de circulación.

ADÁN.- ¿Yo? Yo no he dicho nada. Es usted quien lo está diciendo todo.

EVA.- Bueno, mire, me alegro de verle bueno. **(Lo mira de arriba a abajo.)** Vamos, que me alegro de haberle conocido. **(Coge el bolso.)** Yo me marchó, pero ya. **(Va decidida hacia la puerta.)**

ADÁN.- Espere, espere un momento. Sí, quizás tenga razón, es culpa mía, dejé que pensara...

EVA.- **(Controlando la situación.)** O sea, que fue en una pelea.

ADÁN.- No, no me gusta recordar, fue terrible, compéndalo.

EVA.- **(Conmovida.)** Bueno, deje, déjelo, tampoco es necesario. Fue una indelicadeza por mi parte.

ADÁN.- No, pero si es normal, cualquiera en su lugar...

EVA.- Reconozco que he sido inoportuna.

ADÁN.- Lo que pasa es que evito contarle, porque, ¿sabe?, es muy engorroso.

EVA.- ¿Engorroso?

ADÁN.- Sí, nadie se lo cree.

EVA.- ¿El qué?

ADÁN.- Mi accidente, nadie se lo cree.

EVA.- Pues no hay más que verle.

ADÁN.- No, no, ya, si eso sí se lo creen.

EVA.- Como que está a la vista.

ADÁN.- El problema no es ése, sino más bien en cómo ocurrió, vamos, en lo que pasó realmente.

EVA.- ¿Y qué fue lo que ocurrió? Si puede saberse.

ADÁN.- Bueno, mire, se lo digo en cuatro palabras. **(Pausa.)**
Me atacó un león.

EVA.- ¡Ya!

ADÁN.- Sí, un león, ya sabe a lo que me refiero.

EVA.- Sí, claro, perfectamente, sé perfectamente a lo que se refiere, a un león.

ADÁN.- Verá, estaba yo...

EVA.- No, no se moleste. No es necesario que me cuente la película.

ADÁN.- ¿Es que no me cree?

EVA.- Pero hombre, cómo quiere que le crea. Yo... yo ya sabía que me iba usted a mentir, ya contaba... vamos, ya suponía que me iba usted a soltar una historia así, pintoresca, pues para eso, para que me compadeciera y... y me pusiera a tono. ¡Pero vamos, es que le dejo y me sale usted con un número de fieras...!

ADÁN.- Como que es la pura verdad.

EVA.- Pues mire, hasta puede que sea la verdad, no se lo discuto, pero no hay quien se lo crea.

ADÁN.- No, no, pero si estoy de acuerdo. Si a mí mismo me parece increíble.

EVA.- Yo esperaba... qué sé yo, cualquier cosa. Y que conste que con lo de la pelea iba usted por buen camino.

ADÁN.- Sí, las peleas siempre funcionan.

EVA.- Pudo probar, no sé, con un atraco.

ADÁN.- No, si yo por mí, lo que usted quiera.

EVA.- O algo erótico. Que estaba en una cama redonda, ya sabe, un menaje, y en una mala postura...

ADÁN.- Huy, que va, qué más hubiera querido yo.

EVA.- Oiga, pues no sé, cualquier cosa. Yo era para darle una idea.

ADÁN.- No, si se lo agradezco. **(Pausa.)** Es más, estoy de acuerdo en que hay historias mejores, pero veré, yo qué quiere que le haga, uno no elige su destino, y a mí... me atacó un león.

EVA.- Mire, usted se lo pierde, yo no puedo poner más de mi parte, si insiste en lo del león, terminará echando la tarde a perder.

ADÁN.- Ya, sí... sí... claro... ya veo, me hago cargo. Es más, no sé cómo disculparme.

EVA.- Lo mejor será que lo deje.

ADÁN.- La verdad es que yo había pensado que lo del león era más novedoso, ¿no? Quizá, tal vez haya cargado demasiado las tintas.

EVA.- No le quepa la menor duda.

ADÁN.- Igual pudo haber sido en una pelea, ¿no cree?

EVA.- Ah, usted sabrá, yo no quiero condicionarle.

ADÁN.- Sí, claro, seguro, ¿por qué no? Fue en una pelea.

EVA.- Si usted lo dice.

ADÁN.- Veré, estaba con mi novia.

EVA.- ¿Con su novia?

ADÁN.- Sí. Estábamos en el cine.

EVA.- Eso tiene sentido. ¿Ve?

ADÁN.- En aquellos tiempos no existía la cama, bueno, quiero decir que como si no existiera, el cine... el cine cumplía una función, digamos, polivalente.

EVA.- Algo he oído.

ADÁN.- Claro, usted sin duda era muy joven. Es, es muy joven, por eso no puede acordarse, pero en aquellos tiempos, ciertas cosas, se hacían en el cine.

EVA.- Lógico, me parece un sitio muy apropiado.

ADÁN.- ¿Verdad?

EVA.- Es más, creo que es lamentable que esas costumbres hayan caído en desuso.

ADÁN.- No está bien que yo lo diga, tampoco voy a andarme con modestias, pero la verdad es que yo era un experto.

EVA.- ¿Un experto?

ADÁN.- Sí, un experto.

EVA.- ¿Pero un experto, en qué?

ADÁN.- En, bueno, en la manipulación.

EVA.- ¿En la manipulación? ¿Usted? No se me habría ocurrido. Vaya, vaya, vaya.

ADÁN.- Tampoco nada especial.

EVA.- Curioso, qué sorpresa...

ADÁN.- Tenía intuición. Era... Puede decirse que era imaginativo, rápido, preciso. (**Acariciando el aire con la mano.**) Y lo que es más, sabía darle a todo un estilo, un sello, un toque muy personal.

EVA.- Creo que no le sigo.

ADÁN.- (**Burlándose de su vanidad.**) Era un artista. (**Serio.**) Con técnica, con unos sólidos conocimientos técnicos, no vaya usted a creer.

EVA.- Sí, sí, claro, la técnica siempre...

ADÁN.- En ese sentido podría decirse que yo era un verdadero profesional.

EVA.- ¿Quiere decir que se dedicaba...?

ADÁN.- No, no es que viviera de la manipulación. Lo decía por el nivel.

EVA.- Nunca pensé que pudieran establecerse niveles en un tema así.

ADÁN.- Nada del otro mundo, pequeños trucos, técnicas elementales, aunque eso sí, muy, pero que muy eficaces. Una de las más frecuentes, era llevar siempre abierto, descosido, el fondo del bolsillo.

EVA.- Interesante.

ADÁN.- Yo siempre lo llevaba descosido. Mi bolsillo izquierdo siempre estaba preparado para lo que pudiera ocurrir.

EVA.- Interesantísimo.

ADÁN.- Puede parecerle extraño, pero es una costumbre que aún conservo.

EVA.- No me diga que lleva descosido...

ADÁN.- Pues sí.

EVA.- ¿Quiere decir que ahora...?

ADÁN.- Sí.

EVA.- No lo puedo creer. **(Se levanta.)**

ADÁN.- Puede comprobarlo si quiere.

EVA.- No quisiera...

ADÁN.- Compruebe, compruebe.

EVA.- No sé si debo.

ADÁN.- ¿Por qué no?

EVA.- ¿Puedo?

ADÁN.- Adelante.

EVA.- ¿No le importa?

ADÁN.- Por favor.

EVA.- **(Acercándose.)** Me... me parece absurdo.

ADÁN.- Se lo ruego.

EVA.- Absurdo... y divertido.

ADÁN.- Pero acérquese, no sea tímida.

EVA.- ¡Qué locura! ¡Qué locura! Pero cómo puede conservar una costumbre así.

ADÁN.- Ya ve.

EVA.- Pero si ya no hay cines.

ADÁN.- **(Tomando la mano.)** Traiga.

EVA.- ¿Cómo?

ADÁN.- Por aquí.

EVA.- ¿Así?

ADÁN.- Sí, así.

EVA.- **(Con la mano metida hasta el fondo.)** Ah, pues sí, sí.

ADÁN.- **(Tragando saliva.)** Ve.

EVA.- Sí, ya veo, sí... sí... ya veo que sí.

ADÁN.- ¿Qué?

EVA.- ¿Qué de qué?

ADÁN.- ¿Que qué le parece?

EVA.- Ingenioso.

ADÁN.- ¿Verdad?

EVA.- Y... y muy práctico.

ADÁN.- Son... son pequeños inventos.

EVA.- Sí... Pequeños inventos..., pero que funcionan.

ADÁN.- **(Con los ojos en blanco.)** Ya... ya lo creo... ya lo creo que... que funcionan.

EVA.- **(Tose, carraspea y se aparta.)** Me parece lamentable que se pierdan costumbres así. **(Limpiándose discretamente la mano.)**

ADÁN.- (Totalmente desarbolado.) Son costumbres populares.

EVA.- No hay nada como la cultura popular.

ADÁN.- El problema... (Se rehace, se incorpora.) El problema estaba en el cambio.

EVA.- (Perpleja.) ¿En qué cambio?

ADÁN.- Sí, en el cambio, cuando te daban el cambio, si te olvidabas y te metías las monedas aquí, bueno, qué vergüenza, todo por el suelo, claro, pensabas que se lo figuraban... vamos, que sabían, y seguramente lo sabían, porque no crea que era a mí el único a quien se le caían las monedas pantalón abajo.

EVA.- Curioso, qué curioso, qué cosas me cuenta.

ADÁN.- Sí, yo era un gran estratega.

EVA.- Viéndole ahí sentado...

ADÁN.- Ah, bueno, y eso era otra, cómo sentarse, porque desde luego lo fundamental era la ocupación.

EVA.- ¿A qué se refiere?

ADÁN.- A las posiciones. La mejor zona, claro, era la de atrás, eso lo sabían hasta los tontos. Ahora, una vez atrás, la cosa tenía su aquel. Yo diseñé un planteamiento posicional que no puede figurarse hasta qué extremo mejoraba el rendimiento.

EVA.- Confieso que me cuesta seguirle.

ADÁN.- Verá, había que sentarse a la derecha... Quedando la chica a la izquierda de la derecha, y yo a la derecha de la derecha.

EVA.- Si no se explica...

ADÁN.- Será mejor que realicemos un ejercicio práctico.

EVA.- ¿Cree que es necesario?

ADÁN.- Sí, va a ser mejor. Coja, traiga esa silla y siéntese aquí. (Marca su izquierda.)

EVA.- Pero ¿no decía usted que a la derecha?

ADÁN.- Vamos por partes. Sitúese. Si ésta es la sala, nosotros estamos atrás y a la derecha. Figúrese que la pantalla está allí, ¿no? Pues nosotros aquí y a este lado.

EVA.- Hasta ahí, bien.

ADÁN.- Y ahora entre nosotros, usted a mi izquierda.

EVA.- **(Colocándose.)** ¿Así?

ADÁN.- Eso es.

EVA.- Sí, pero no le veo la ventaja.

ADÁN.- ¿No se da cuenta?

EVA.- Qué quiere que le diga.

ADÁN.- **(La sienta.)** Usted así, ahora, sin violentarse, disimuladamente, vamos, como quien no quiere la cosa, puede introducir su mano derecha en mi bolsillo izquierdo...

EVA.- Creo que empiezo a comprender.

ADÁN.- ...que como ya sabe...

EVA.- Ha sido previamente... trucado.

ADÁN.- Exactamente.

EVA.- Ya, pero igual podía haber sido a mano contraria.

ADÁN.- No sé cómo. Bueno, salvo que fueran zurdos.

EVA.- No, claro, visto así.

ADÁN.- Pero traiga, traiga su mano. **(Abriéndose el bolsillo.)**

EVA.- ¿Para?

ADÁN.- Traiga, métala aquí y verá como funciona.

EVA.- Ya... si me hago cargo.

ADÁN.- No, no, por favor, traiga, verá, es más complejo de lo que a primera vista parece.

EVA.- ¿Más complejo?

ADÁN.- Sí, traiga, métala.

EVA.- **(Que no puede meter la mano porque el brazo de la silla de ruedas se lo impide.)** ¿Pero, cómo?

ADÁN.- Así, mire, pase el codo a este lado.

EVA.- ¿Así?

ADÁN.- Eso es. Y ahora yo paso mi brazo. **(Lo pasa sobre el hombro.)**

EVA.- No... no.

ADÁN.- Deslizando la mano... **(Le acaricia el pecho izquierdo.)**

EVA.- Ji, ji... me está... ji, ji, ji. Me está haciendo cosquillas.

ADÁN.- **(Se interrumpe.)** Esto se hacía durante el NO-DO.

EVA.- **(Molesta por la interrupción.)** El NO-DO... ¿Por qué durante el NO-DO?

ADÁN.- Por control, por establecer un esquema de tiempos, era el modo de controlar la progresión.

EVA.- **(Gratamente sorprendida.)** O sea, que se progresaba.

ADÁN.- **(En ejecutivo.)** Cada cosa a su tiempo, y a cada tiempo su cosa. Todo estaba estudiado. **(Muestra la derecha, haciendo dedos como un jugador de cartas.)** Y mientras que la izquierda merodeaba por los alrededores, la derecha, fijese bien, la derecha, quedaba aquí, libre, aguardando el momento de la incursión definitiva.

EVA.- ¿La incursión? Qué... qué interesante.

ADÁN.- ¿Se da cuenta? ¿Comprende ahora la importancia del método?

EVA.- No.

ADÁN.- Sabrá que la derecha es más habilidosa.

EVA.- ¿Habilidosa, para qué?

ADÁN.- ¿Sabrá al menos que los dedos de la mano derecha son mucho más ágiles y precisos?

EVA.- No, no sabía.

ADÁN.- Pues lo son.

EVA.- No me había parado a pensar en una cosa así.

ADÁN.- Sí señora, lo son.

EVA.- Si usted lo dice.

ADÁN.- Generalmente la derecha no actuaba hasta que no comenzaba la película.

EVA.- ¿Y cuándo empezaba...? La película, ¿cuándo empezaba?

ADÁN.- Justo después del descanso. **(Vuelve a la manipulación.)** ¿Ve? La derecha actuaba así, ¿se da cuenta?

EVA.- **(Volviendo a alterar la voz.)** Me... me doy cuenta. Me doy cuenta perfectamente.

ADÁN.- Al principio sin subir la falda.

EVA.- ¿Por... Por alguna razón especial?

ADÁN.- Por los acomodadores.

EVA.- ¿Los acomodadores?

ADÁN.- Naturalmente. Al principio de la película todavía entraba gente, siempre llegaba alguien tarde, y el acomodador podía romper todo el mecanismo.

EVA.- Muy complicado, ¿no?

ADÁN.- **(Se separa.)** Sí, bueno, según se mire. Lo que pasaba es que todo esto se hacía con la mano tonta, como sin querer, la chica, pues eso, se hacía la sorda, y tú tenías que ir controlando mientras organizabas los ataques por sorpresa. **(Avance de manos.)**

EVA.- **(Tras un sobresalto controlado.)** A mí... a mí ya no me sorprende nada.

ADÁN.- Por eso era el sentarse así, porque de esta forma, mientras este ojo no perdía de vista a Gary Cooper, este otro estaba pendiente de las reacciones que se producían al manipular los distintos resortes.

EVA.- Vamos, que estaba en el plato y en las «tajás».

ADÁN.- Sí, era imprescindible una gran concentración para poder actuar según los síntomas, y sobre todo había que estar muy pendiente de la respiración.

EVA.- ¿Es que su novia era asmática?

ADÁN.- No, bueno, es que las incursiones se ejecutaban en los momentos en que se apreciaban alteraciones respiratorias.

EVA.- Oiga, realmente lo suyo era científico.

ADÁN.- Necesariamente, la mujer tiene unos mecanismos muy delicados, y cualquier contrariedad, qué sé yo, un exceso de presión, un avance a destiempo, la llegada imprevista del acomodador, cualquier cosa podía obligarte a dar marcha atrás. Y si te veías forzado a una marcha atrás, ya, malo, malo, malo, hacía falta mucha mano izquierda, para volver a actuar con la derecha. **(Con la conversación ha cedido en el acoso manual.)**

EVA.- Y qué hacía, si... si por cualquier causa daba... daba marcha atrás.

ADÁN.- En esos casos lo mejor era dedicarse a Gary Cooper.

EVA.- Me decepciona.

ADÁN.- Le advierto que había películas muy interesantes.

EVA.- Ya, ya me imagino.

ADÁN.- Recuerdo una de vaqueros...

EVA.- La he visto.

ADÁN.- ¿Seguro?

EVA.- Si no recuerdo mal, antes decía usted que la derecha era fundamental.

ADÁN.- Definitiva. La subida de la derecha por la cara interior del muslo era el movimiento clave. Ahí era donde te la jugabas. Vamos, la hora de la verdad. Era... como entrar a matar.

EVA.- ¿Y puede saberse cuándo se hacía el remate de la faena?

ADÁN.- Bueno, antes había que hacer unos movimientos previos. **(Le acaricia la rodilla.)** Así, acariciándolo, hasta que intuyes que lo tienes preparado.

EVA.- Si es por eso, no se moleste. Está totalmente preparado.

ADÁN.- **(Realizando las acciones.)** Entonces agachas, observas, y si ves que está bien abierto de cruz, ¡rápido te echas! **(Sube la mano como una flecha.)**

EVA.- **(Grita.)** ¡Ah!

ADÁN.- ¡La falda! ¡La falda!

EVA.- **(Sin poder hablar.)** ¿Pero qué pasa ahora con la falda?

ADÁN.- Nos pueden ver.

EVA.- Pero... ¡pero quién nos va a ver?

ADÁN.- Bueno, si estamos en el cine, lo suyo es estar pendientes de que no te vean, ¿no?

EVA.- ¡Vaya por Dios! **(Tapándose.)** Mire que es usted difícil.

ADÁN.- Es lo que hacía la chica. Por pudor.

EVA.- Perdone. Olvidé que estábamos en la reconstrucción de los hechos.

ADÁN.- Había que guardar las apariencias, porque aunque esto se hacía durante el tiroteo...

EVA.- ¿El tiroteo? ¿Qué tiroteo?

ADÁN.- El de la película, qué tiroteo va a ser, con el tiroteo todo el revuelo pasaba más inadvertido.

EVA.- ¿Y si no había tiroteo?

ADÁN.- Ah, en ese caso, no había más remedio que esperar hasta el beso. Mire, lo importante era hacerlo todos a una, para que así cada cual anduviera a lo suyo.

EVA.- Y por qué no daba el acomodador una palmada, como si diera la salida.

ADÁN.- Pues no sé, no era costumbre. **(Sorprendido.)** ¡Oiga! Pero... **(Retrocede la mano bruscamente.)** ¡Pero tiene usted los pechos de plástico!

EVA.- Bueno, sí, pero sólo uno.

ADÁN.- Esto es el colmo.

EVA.- ¡Es que no le gusta?

ADÁN.- Pero, ¿cómo me va a gustar? ¿Cómo quiere que me guste un pecho de plástico?

EVA.- Son más duros; ahora, si no le gusta puede tocar el otro.

ADÁN.- Y venía exigiendo.

EVA.- No, exigiendo no, puntualizando, simplemente puntualizando. Mire, en estas cosas el anuncio es lo que manda, y el anuncio no advertía nada de sus piernas.

ADÁN.- Es que usted se fija sólo en mis defectos, pero, ¿y los suyos?

EVA.- **(Gesticulando con el periódico.)** Yo me rijo por el anuncio, y aquí no dice nada de que tenga que tener dos pechos.

ADÁN.- Se sobreentiende, es que eso se sobreentiende.

EVA.- Decía: «madura, llenita», y punto. Lo demás se daba por bueno.

ADÁN.- Hombre, madura sí que está.

EVA.- Para los tiempos que corren ya se puede dar con un canto en los dientes.

ADÁN.- También decía bien conservada.

EVA.- Sí, y que usted era educado. **(Vuelve a acusar el mareo.)**

ADÁN.- ¿Le ocurre algo?

EVA.- No, no es nada.

ADÁN.- ¿Quiere un vaso de agua?

EVA.- No, gracias, ya pasó.

(Tras una pausa larga, retoman el juego con dificultad.)

ADÁN.- ¿Y qué más cosas le faltan?

EVA.- ¿Cómo que qué más cosas me faltan?

ADÁN.- Sí, que para evitar sobresaltos, me gustaría saber qué más cosas se me pueden caer de las manos. Vamos, que cuantos apliques tiene.

EVA.- Pero qué se ha creído, aquí todo lo que hay está firme.

ADÁN.- **(Indicándole el pecho.)** Ya.

EVA.- Sujeto a las costillas con un anclaje de acero inoxidable, le desafío a que lo quite de su sitio.

ADÁN.- ¿No tendrá ningún ojo de cristal?

EVA.- Ah, no, no, por supuesto que no. Eso puedo jurárselo, los dos son naturales.

ADÁN.- Porque si hay algo que no soporto es un ojo mirándome desde la mesita de noche.

EVA.- **(Muy cerca de él.)** Ve, mire, mire como los nuevo.

ADÁN.- No, como decía que no andaba bien de la vista.

EVA.- Sí, pero una cosa es ser miope y otra cosa es ser tuerta.

ADÁN.- Más vale así.

EVA.- Lo... bueno... verá... lo que sí es postizo... es... el pelo.

ADÁN.- ¿El pelo?

EVA.- Sí.

ADÁN.- Vamos, que además es usted calva.

EVA.- Es una peluca magnífica.

ADÁN.- En fin, qué le vamos a hacer, habrá que aceptar que somos dos ruinas.

EVA.- **(Contradiciéndole.)** ¿Ruinas?

ADÁN.- Usted salpicada de pequeñas averías, y yo, inservible de cintura para abajo.

EVA.- No sé qué decirle, de cintura para abajo no todo lo tiene usted inservible.

ADÁN.- Sí, afortunadamente y dentro de la desgracia, pues mire, se salvó lo principal. La verdad es que si el león se come también...

EVA.- Y dale con el león.

ADÁN.- Lo que quería decir, es que si a causa del accidente quedo inútil sexual, la vida ya no tendría sentido.

EVA.- Hay otras cosas.

ADÁN.- ¿Sí, cuáles?

EVA.- Pues no sé, la literatura, la filosofía esa que estudiaba usted, la televisión.

ADÁN.- Reproducciones, pobres reproducciones... qué quiere, lo mío es el directo. Además, le diré, toda la filosofía que necesito para vivir la aprendí en un water.

EVA.- Pues no parece un sitio muy apropiado para recibir alimentos intelectuales.

ADÁN.- Ponía: «Follar, follar, follar, que el mundo se va a acabar».

EVA.- **(Reacciona con gran conmoción, se rehace y queda confusa.)** Muy... muy fino.

ADÁN.- Fue una revelación. Todo un decálogo condensado en un único precepto verdadero. Me sentí tocado por el rayo divino. Dudo que la conversión de San Pablo fuera más fulminante que la mía.

EVA.- **(Queriendo bromear.)** Pasa usted con una velocidad de la ciencia a la mística, que es difícil seguirle.

ADÁN.- ¿Pero es que no lo ve claro? ¿No se da cuenta? Si ya no era posible morir tranquilamente en la cama, si la muerte nos iba...

EVA.- ¡Déjelo, quiere!

ADÁN.- Si en cualquier momento...

EVA.- Por favor.

(Suena la alarma añadiendo mayor tensión a la existente entre ambos.)

EVA.- ¡Maldito invento!

ADÁN.- Se dispara sola, ¿sabe?

EVA.- Sí, ya... ya sé.

ADÁN.- **(Pausa larga.)** Es del comercio...

EVA.- Sé perfectamente.

ADÁN.- **(Pausa larga.)** No hay que preocuparse, no, no es nada. Además, ella sola se desconecta.

EVA.- Déjelo, es igual.

(Al transcurrir un tiempo aproximadamente igual a las veces anteriores, se desconecta la alarma.)

ADÁN.- ¿Ve?

EVA.- (Refiriéndose a su mano.) Me está empezando a doler.
(Coge unas píldoras del botiquín, se sirve un vaso de agua y se las toma.)

(Tras una pausa larga, todo va recuperando su anterior
«normalidad».)

ADÁN.- ¿Quiere que pasemos al dormitorio?

EVA.- Al dormitorio, no por Dios, no vamos a pasar al dormitorio. Si aún estoy aquí es... porque ya me dirá qué otra cosa se puede hacer. Así que, bueno, pues aquí estamos, charlando tranquilamente.

ADÁN.- Pues qué bien.

EVA.- Lo que sí me gustaría saber es lo que pasó en el cine.

ADÁN.- ¿En el cine?

EVA.- Lo de sus piernas.

ADÁN.- Ah, sí, sí, claro, el cine, claro. Venga, acérquese.

EVA.- ¿Por?

ADÁN.- Para ver la película.

EVA.- ¿Qué película?

ADÁN.- La de Gary Cooper. Estábamos en el tiroteo.

EVA.- Recuerdo perfectamente el tiroteo.

ADÁN.- ¿Es que no quiere sentarse?

EVA.- Estoy bien así.

ADÁN.- Yo lo decía por escenificarlo.

EVA.- Ah, no, no, mejor no. Déjelo sin escenificar. No me gustaría estar a su lado cuando ocurra el percance que le dejó en ese estado.

ADÁN.- No le va a ocurrir nada.

EVA.- Prefiero que me lo cuente.

ADÁN.- No es lo mismo, pero en fin, qué se le va a hacer. Verá estábamos así, ya sabe, atrás y a la derecha. Ella a mi izquierda, su derecha en mi bolsillo, mi izquierda en su pecho izquierdo. Me sigue, ¿no? En esto que empieza el tiroteo y mi derecha, con la rapidez que la caracteriza, asciende por la cara interior del muslo decidida a situarse en el centro, cuando ¡maldición! ¿Sabe qué pasa?

EVA.- ¿Qué pasa?

ADÁN.- Pues que está ocupado.

EVA.- ¿Ocupado?

ADÁN.- Sí, que está ocupado.

EVA.- Cómo ocupado.

ADÁN.- Pues eso, que está ocupado, que hay otra mano, vamos, que había otra mano.

EVA.- Pero, ¿cómo que había otra mano?

ADÁN.- Sí, sí, otra mano. Otra mano, que no era mi otra mano, que la habría reconocido. Ni la de ella, porque su mano estaba en mi bolsillo.

EVA.- ¿La izquierda de la chica, quizá?

ADÁN.- No, tampoco.

EVA.- Por cierto, no me dijo qué pasaba con la izquierda de la chica.

ADÁN.- Es que no hacía nada de particular, se dejaba sobre el brazo de la butaca, así, como quien no quiere la cosa, pues para que se viera alguna mano. Vamos, para que el conjunto no quedara totalmente manco.

EVA.- Bueno, y si no eran ni las tuyas ni las de ella, ¿qué más manos quedan?

ADÁN.- Ninguna.

EVA.- ¿Entonces?

ADÁN.- Evidentemente era una mano ajena.

EVA.- ¿Pero una mano cómo? ¿Cómo era la mano?

ADÁN.- Con pelos.

EVA.- ¡Cielo Santo! ¡Y qué ocurrió?

ADÁN.- Que al verse sorprendida intentó escapar. Hizo un movimiento rápido, pero la atrapé.

EVA.- Menos mal.

ADÁN.- La agarré por el dedo gordo.

EVA.- Sí, pero ¿qué pasó?

ADÁN.- Luchamos.

EVA.- ¿Lucharon?

ADÁN.- Debajo de la falda se produjo un violento forcejeo.

EVA.- Apasionante.

ADÁN.- Yo... yo... yo no sabía qué pensar.

EVA.- Pues estaba muy claro.

ADÁN.- Sí, sí, por supuesto. Aquello era una prueba contundente de que me estaba engañando con otro.

EVA.- No se puede pedir más.

ADÁN.- Porque ella tenía que saberlo, seguro que lo sabía, tenía que haberse dado cuenta. De acuerdo que mis manos son muy envolventes, pero vamos, por muy envolventes que sean, yo sólo tengo dos manos. **(Pausa.)** Así que allí me tiene, con la mano cogida por el dedo y sin saber qué hacer.

EVA.- ¿Cómo sin saber qué hacer?

ADÁN.- Sí, es que no había nadie.

EVA.- ¡No es posible!

ADÁN.- La butaca de al lado estaba vacía. Atrás no había nadie. Delante no había nadie. El espectador más próximo estaba dos filas por delante. De acuerdo que el que fuera tenía que tener las manos largas, pero no hasta ese extremo.

EVA.- Quiere decir que la mano...

ADÁN.- Era, como si tuviera vida propia.

EVA.- No pretenderá que crea...

ADÁN.- Parecía cosa de aparecidos.

EVA.- Pero bueno, es que usted no tiene medida. Intenta uno de fieras y como ve que no cuele, pretende colocármelo de parapsicología.

ADÁN.- No, no, espere, verá, parecía una mano... pues eso, una mano que casualmente había sorprendido aferrada a mi novia...

EVA.- No irá a salirme con que era la mano que aprieta.

ADÁN.- No se burle. Yo... yo sabía, estaba seguro, que a continuación de la mano tenía que estar todo lo demás. Lo que pasa es que la tenía cogida sólo por el dedo y si se escapaba ya no podría probarlo.

EVA.- No me diga que necesitaba pruebas.

ADÁN.- (La señala, incluyéndola.) Mire, ya sabe cómo son las mujeres, si no le presento la mano de forma irrefutable, es capaz de salirme con que son figuraciones mías, vamos, que son celos infundados.

EVA.- ¡Qué historia!

ADÁN.- Sí, fue una noche inolvidable.

EVA.- Movidita.

ADÁN.- Toledana.

EVA.- Y bueno, ¿qué pasó? Porque aquello acabaría como el rosario de la aurora.

ADÁN.- Después del tiroteo, robaron el banco, el sheriff salió a capturar a los bandidos, Gary Cooper fue a pedirle a la chica que huyera con ellos a Méjico... Vamos, pasó más de media película, y allí seguía yo con el dedo cogido.

EVA.- ¿Pero por qué no hizo algo, qué sé yo, por qué no lo intentó con la otra mano?

ADÁN.- Es que mi otra mano la cogió mi novia con su izquierda.

EVA.- Ya.

ADÁN.- Mire, no se puede imaginar las tensiones. Un forcejeo, un debatirse.

EVA.- Me lo imagino.

ADÁN.- ¡Y es que no había solución! Ya me dirá qué otra cosa podía hacer. Así que allí estábamos los tres, mi novia, la mano y yo.

EVA.- Pero su novia, a todo esto, ¿qué decía?

ADÁN.- Estaba muy excitada.

EVA.- Sí, claro, natural.

ADÁN.- Y como llorosa, repetía... repetía continuamente: «Escándalos no, escándalos no. Sigue, sigue, no te cortes». «Escándalos no, escándalos, no. Sigue, sigue, no te cortes».

EVA.- ¿No te cortes?

ADÁN.- Me... me masturbaba, seguía masturbándome. Supongo que lo haría para disminuir mi capacidad de reacción.

EVA.- Oiga, es que eran ustedes muy complicados.

ADÁN.- Sí, confieso que la situación era realmente insólita.

EVA.- Aberrante, ¿no?

ADÁN.- Yo no me atrevería a juzgar. Mire, hasta que no se vive, nunca se sabe cómo puede uno reaccionar en una situación así.

EVA.- ¿Y usted cómo reaccionó?

ADÁN.- Pues qué quiere, a mí aquello me excitaba. Daba los masajes con tal precisión que era imposible negarse. Estaba realmente inspirada. Así que durante más de media película seguimos, ella agarrada a mí, y yo agarrado al dichoso dedo. Hasta que de pronto empecé a notar algo raro.

EVA.- ¿Algo raro?

ADÁN.- Sí.

EVA.- ¿Quiere decir que además notó algo especialmente raro?

ADÁN.- Sí, eso es. De pronto, me pareció como... como si se levantara de la butaca, vamos que se removía.

EVA.- No es para menos.

ADÁN.- Seguía diciendo: «Escándalos no. Sigue, sigue, no te cortes». Pero la voz le salía gutural, notaba que le faltaban las fuerzas, ponía los ojos en blanco y las manos se le aflojaban. Aquello... era... aquello estaba claro.

EVA.- Justificado, ¿no?

ADÁN.- Sí, pero no, porque yo no la estaba manipulando, y la mano tampoco, que la tenía yo cogida. Así que si no era yo, ni era la mano, lo lógico era pensar que había otra mano.

EVA.- Querrá decir la otra mano.

ADÁN.- Eso mismo pensé yo, la otra mano. Usted lo ha dicho, tenía que ser la otra mano. Así que aprovechando que ella se aflojaba, tiré con fuerza, palpé rápidamente y allí, entrándole por bajo de la butaca, estaba la otra mano.

EVA.- O sea, que había dos manos.

ADÁN.- Como lo oye.

EVA.- Ve, eso me tranquiliza.

ADÁN.- Es que lo tenía cogido por las dos manos. A ver cómo lo negaba. Porque si hay dos manos es que hay un hombre, vamos, digo yo.

EVA.- Es para sospechar.

ADÁN.- Mientras era una mano sólo, la cosa podía pasar; había un elemento, ahí, desconocido... que bueno. Pero ya un hombre tocando a mi novia, mientras yo lo tenía cogido por el dedo, vamos, hasta para mí, que siempre he tenido a gala ser una persona muy comprensiva, era algo que no podía tolerar.

EVA.- ¿Y qué hizo?

ADÁN.- Reaccioné como un hombre.

EVA.- Bien hecho.

ADÁN.- Me puse en pie y grité: «¡Salga usted de ahí inmediatamente!» Bueno, todo el mundo mirando, un griterío, la gente protestando, cortaron la película, encendieron las luces. «¡Salga!, le digo...».

EVA.- ¿Y?

ADÁN.- Y salió. **(Pausa.)** Nunca he comprendido cómo un tío tan grande pudo meterse debajo de la butaca.

EVA.- No me diga más.

ADÁN.- Sí, ya se puede figurar, de un solo golpe me partió contra la butaca. Y luego, pues eso, la ambulancia, el quirófano, tres meses hospitalizado... en fin, la hecatombe.

EVA.- ¿Y su novia?

ADÁN.- Me dejó. Figúrese, encima, decía que yo era muy celoso, vamos, que no se podía ir así por la vida.

EVA.- No será porque no los cogió con las manos en la masa.

ADÁN.- Eso digo yo.

EVA.- Lo que no entiendo es por qué dice que fue de un solo golpe.

ADÁN.- ¿Cree que tenía que haberme dado más?

EVA.- Lo que quiero decir es que no entiendo cómo con un solo golpe le hizo todas esas cicatrices.

ADÁN.- Ah, ya, se refiere a las cicatrices.

EVA.- Sí, las cicatrices.

ADÁN.- (Reventando.) Mire señora, ¿quiere que le diga la verdad? Las cicatrices me las hizo el león.

EVA.- ¿Pero qué león? ¿Cómo el león? ¿No habíamos quedado...?

ADÁN.- Señora, yo le cuento la historia que usted quiera, entiendo que necesite... tengo claro que a las mujeres hay que darles palique, vamos, que hacen el amor por el oído. Así que de acuerdo, vale, lo admito, y además eso, que son las reglas del juego. Pero no me investigue, ¿eh? Por favor, no me lo ponga difícil, que llevo una hora rizando el rizo, para que me salga usted ahora con las cicatrices.

EVA.- Es que no le habría costado nada decir que en medio de la pelea, sacó una navaja y le cruzó la cara.

ADÁN.- ¿Y la pierna?

EVA.- ¿Cómo la pierna?

ADÁN.- Sí, que cómo explico lo de la pierna.

EVA.- Bueno, eso, lo que ha dicho, que del golpe, al caer contra la butaca...

ADÁN.- No digo la parálitica, digo la que falta.

EVA.- ¿La que falta?

ADÁN.- Sí, la que se comió el león. ¿Qué quiere que le diga, que se la comió el acomodador?

EVA.- O sea, que además es usted cojo.

ADÁN.- ¿Varía en algo la situación?

EVA.- Ya era bastante con que fuera parálitico.

ADÁN.- Pues ya ve, doble premio para la señora, parálitico y cojo, parálitico de ésta y cojo de ésta. Y sabe lo que le digo, que para lo que ha venido usted a hacer aquí, da lo mismo que una de las dos sea de palo.

EVA.- O las dos, ya puestos. Y si me apura, casi mejor las dos, por simetría.

ADÁN.- Mire señora, están como están. Eso es lo que hay, y le guste o no le guste, esta pierna se la comió un león, ¿sabe? Así que si quiere usted acostarse conmigo se acuesta, y si no a freír puñetas.

EVA.- Tampoco hay por qué comportarse groseramente.

ADÁN.- Me comporto como me da la gana.

EVA.- Por favor, no se ponga usted así.

ADÁN.- ¡Olvídeme!

EVA.- Quizá, no sé, quizá tenga razón, reconozco que he sido un poco tiquismiquis con lo del león. Compréndalo, una cosa así no pasa todos los días.

ADÁN.- Dígamelo usted a mí.

EVA.- O sea, que vamos, que fue un león.

ADÁN.- ¡Pero cómo quiere que se lo diga? ¡Quiere que se lo escenifique?

EVA.- ¿Y hace mucho?

ADÁN.- Sí, hace años.

EVA.- En África, claro.

ADÁN.- En Melilla.

EVA.- ¿En Melilla? Pero si en Melilla no hay leones.

ADÁN.- ¿Cómo que no hay leones?

EVA.- No, no hay.

ADÁN.- ¡Pues aquel desde luego estaba allí!

EVA.- Tranquilícese, por favor, no se irrite.

ADÁN.- ¡Que no me irrite?

EVA.- Reconozca que no es lógico que en un lugar donde no hay leones...

ADÁN.- Tampoco vivo yo allí y sin embargo...

EVA.- Es distinto.

ADÁN.- Vamos, que el león no pudo ir a Melilla.

EVA.- Comprenda...

ADÁN.- ¡La tiene tomada con el león! Es que, vamos, es que encima tengo yo que estar defendiendo al león.

EVA.- Pero si le creo, de verdad, le creo.

ADÁN.- Pues para que lo sepa, se escapó del circo. Puede haber circos en Melilla, ¿no?

EVA.- Por supuesto, están en su derecho.

ADÁN.- Pero claro, ésa no es la historia que usted quiere oír. Mucha sangre, demasiada, para pasar a situaciones íntimas.

EVA.- ¿Cree que tengo interés en pasar a situaciones íntimas?

ADÁN.- No se haga la estrecha que no le va.

EVA.- De estrecha, nada. Soy una mujer liberada, y en cuestiones de sexo no me asusto fácilmente. Aquí donde me ve, yo me he acostado con mujeres.

ADÁN.- No me diga, qué coincidencia, yo también.

EVA.- Y... y con negros, yo he hecho el amor con negros.

ADÁN.- Negros, negros. ¿No serían noruegos muy bronceados?, es un timo que se da mucho.

EVA.- De todo, yo en la cama he hecho de todo...

ADÁN.- ¿Ha probado con el Orfeón Donostiarra?

EVA.- ...pero lo que desde luego no pienso hacer es acostarme con un... con un...

ADÁN.- ¿Con un cojo? ¿No me diga que le falta un cojo? Una mujer de mundo como usted y no se ha acostado nunca con un cojo, no lo puedo creer.

EVA.- ¡Imbécil!

ADÁN.- Y si soy imbécil, ¿qué hace que no se marcha?

EVA.- Tiene toda la razón, ¿qué hago que no me marchó?

ADÁN.- Estoy harto de contar historias aburridas para intentar echar un polvo.

EVA.- Por favor, modérese, le pueden oír.

ADÁN.- ¡Pero quién me va a oír? ¡Eh? ¡Quién me va a oír?

EVA.- **(Sin convicción.)** No sé, alguien.

ADÁN.- El cojo feo, si quiere joder, tiene que mentir, y si no miente, no jode. ¿Pues sabe lo que le digo? Que me la menea.

EVA.- Es, es..., ¡¡¡es usted odioso!!!

ADÁN.- ¡Yo odioso? ¡La verdad es odiosa! Y si la historia del cine fuera verdad, usted querría que le contara lo que fuera, cualquier cosa menos la verdad. Es peligroso, peligrosísimo, se empieza hablando de verdades ajenas y acaba uno diciendo sus propias verdades.

EVA.- Vale, déjalo ya.

ADÁN.- Así que mejor ponerse de acuerdo, y según las reglas del juego, construir una mentira común: imaginación, agilidad, reflejos. ¡Qué divertido! Esto empieza a ser tan imbécil como jugar al bingo o matar marcianos.

EVA.- Pero bueno, ¿es que no puedes hacer las cosas sin darle tantas vueltas a todo?

ADÁN.- Se ve que no.

EVA.- **(Tras una pausa, recompone la compostura y el usted.)** Entiendo que lo de su pierna sea un pie forzado que le obligue a plantear la cosa, digamos, de un modo inusual, pero de ahí a las empanadas mentales que se organiza.

ADÁN.- ¿Yo empanadas mentales? Pero se puede saber de quién es todo este invento.

EVA.- No me irás a decir que es cosa mía.

ADÁN.- ¿De quién si no?

EVA.- Yo, como comprenderás, no tengo ninguna necesidad.

ADÁN.- Ya, tú sólo pretendes ganar tiempo.

EVA.- ¿Tiempo para qué?

ADÁN.- Sabes bien para qué.

EVA.- No, no entiendo.

ADÁN.- Es inútil darle más vueltas, le des las vueltas que le des el final va a ser el mismo. No puede ser otro.

EVA.- **(Descolocada y nerviosa, le recrimina solicitando su complicidad.)** Perdón, no creo que tengamos confianza para tutearnos.

ADÁN.- Sí, eso es cierto, puede que no tengamos confianza.

EVA.- Además es usted quien necesita historias.

ADÁN.- ¿Yo? Tú quieres películas.

EVA.- Usted.

ADÁN.- Bueno, bien, vale, usted, usted quiere películas.

EVA.- Es un modo de pasar la tarde como otro cualquiera. Aunque, cuando había televisión era mejor, porque las películas te las daban ya hechas.

ADÁN.- ¿Y por qué no se reúne con las amigas en la cafetería?

EVA.- **(Opaca.)** Han muerto.

ADÁN.- ¿Todas?

EVA.- Todas.

ADÁN.- Ya, y ahora me toca a mí.

EVA.- ¿Cómo dice?

ADÁN.- No, nada, son cosas mías. **(Haciendo un esfuerzo por encontrar conversación.)** ¿Y cómo fue, que recurrió a una agencia de contactos?

EVA.- ¿Qué otra cosa podía hacer?

ADÁN.- Sí, claro, visto así.

EVA.- ¿Y usted por qué lo hizo?

ADÁN.- ¿Yo? Bueno, se me encabritó la virilidad.

EVA.- **(Vuelve a acusar síntomas de mareo.)** Tengo... creo que...

ADÁN.- ¿Le pasa algo?

EVA.- A veces me dan náuseas. Necesito... creo que...

(Sale con urgencia hacia el servicio. Se oyen ruidos de grifos, arcadas y cisterna. Mientras, ADÁN manipula en la caja de los revólveres. EVA vuelve pálida, despeinada. Se miran en silencio y, tras una pausa larga, ADÁN cierra la caja.)

EVA.- ¿Qué hacemos?

ADÁN.- **(Inmóvil.)** ¿Te das cuenta? ¿Por qué no acabamos de una vez?

EVA.- Calla.

ADÁN.- ¿Por qué no nos matamos?

EVA.- Qué... qué ocurrencias, qué cosas se le ocurren.

ADÁN.- Di, ¿por qué no nos matamos de una maldita vez?

EVA.- Pero, pero quiere callarse. Por favor, quiere callarse. **(Intenta rehacerse.)** Me decía que el león...

ADÁN.- ¿Qué león?

EVA.- El león, fue un león, ¿no?

ADÁN.- ¿Qué me dice? ¿Qué me cuenta ahora de un león?

EVA.- Su pierna, recuerde, fue un león.

ADÁN.- Señora, déjeme de leones. Me cansa todo esto. No me comió la pierna un león, no soy paralítico, no estoy cojo, y esto no es una silla de ruedas sino una motocicleta.

EVA.- Déjalo. **(Se sienta.)** Así nunca conseguiremos nada.

ADÁN.- Nunca hemos conseguido nada.

EVA.- Debemos intentarlo.

ADÁN.- ¿Para qué?

EVA.- Pero tú... tú quieres intentarlo, ¿no?

ADÁN.- Sabes perfectamente lo que quiero.

EVA.- Sí. **(Pausa.)** Lo sé.

ADÁN.- ¿Y tú?

EVA.- No. No sé. O sí, es igual.

ADÁN.- Además, me aburre lo del león, no hay quien se lo crea.

EVA.- Me estaba usted contando lo del Parque del Oeste.

ADÁN.- ¿Yo?

EVA.- Sí.

ADÁN.- ¿El Parque del Oeste?

EVA.- Me decía, ¿no recuerda? Me estaba contando cuando violaron a su novia.

ADÁN.- ¿A mi novia?

EVA.- Sí, la violaron en el parque, ¿no?

ADÁN.- Yo no he dicho que violaran a mi novia, y menos en el Parque del Oeste.

EVA.- ¿Cómo que no? Claro que lo dijo.

ADÁN.- Mire, aquello más que una violación fue un consenso.

EVA.- No, pero si no me refiero a lo del cine.

ADÁN.- Mire sé muy bien lo que dije, y en ningún momento nombré el Parque del Oeste.

EVA.- Pero usted me habló de su novia.

ADÁN.- De mi novia sí, pero no del Parque del Oeste.

EVA.- Yo juraría...

ADÁN.- Pues no jure, y explíqueme, ¿cómo sabe que a mi novia la violaron en el Parque del Oeste?

EVA.- Luego la violaron.

ADÁN.- Lo intentaron.

EVA.- ¿Ve? Se da cuenta como yo sabía algo.

ADÁN.- No, si de que usted lo sabía ya me había dado cuenta; lo que quiero que me explique es cómo lo sabía.

EVA.- Me lo diría usted; si no, ¿cómo iba a averiguarlo?

ADÁN.- Justo, eso es lo que quiero saber, porque yo no se lo dije. No estaría usted allí por casualidad.

EVA.- Esas cosas se hacen sin testigos.

ADÁN.- ¿Sin testigos? ¿Y por qué sin testigos?

EVA.- Lo normal en estos casos...

ADÁN.- ¿Lo normal? ¿Qué es lo normal? ¿Sabría distinguir entre una violación normal y una violación anormal? Mire, a ver si somos serios. ¿Qué sabe usted de violaciones? ¿La han violado alguna vez?

EVA.- No, bueno. Tampoco es que tenga demasiado interés, de pequeña me hacía ilusión, pero ahora ya, no creo que me interese demasiado. Como comprenderá, si yo quisiera tendría violaciones, así. **(Gesticula.)** Pero qué quiere, prefiero aventuras... no sé, más tranquilas. Supongo que deben ser cosas de la edad.

ADÁN.- Sí, supongo que esto que nos pasa, deben ser cosas de la edad.

EVA.- ¿Usted ha violado alguna vez?

ADÁN.- No, vamos, no que yo recuerde.

EVA.- ¿Le haría ilusión?

ADÁN.- No, no creo.

EVA.- ¿No le haría ilusión violarme?

ADÁN.- No sé, no me veo, así, con la silla de ruedas. Además, cada cosa requiere sus capacidades. Lo mío es la seducción, una violación, pues no sé, no quedaría convincente.

EVA.- Podríamos empezar ya en el suelo, forcejeando. Usted es fuerte, vamos, que me reduciría con facilidad.

ADÁN.- Déjelo, no resultaría.

EVA.- ¿Pero por qué?

ADÁN.- Pues porque no. Mire, prefiero contarle la historia del león.

EVA.- Venga hombre, anímese, no sea aguafiestas.

ADÁN.- Además no cambie de conversación, usted sabía lo del Parque del Oeste.

EVA.- Qué más da, deje eso ahora.

ADÁN.- Pero lo sabía.

EVA.- Sí, bueno, lo sabía.

ADÁN.- ¿Quién se lo dijo?

EVA.- Una amiga, me lo dijo una amiga.

ADÁN.- ¿Una amiga?

EVA.- Sí, una amiga a la que usted se lo contó.

ADÁN.- Luego venía mandada por una amiga.

EVA.- Sí, pero qué importa eso.

ADÁN.- O sea, que traía referencias.

EVA.- ¿Pero por qué no seguimos con lo de la violación?

ADÁN.- Sabía que era cojo. Ahora resulta que sabía que era cojo y estaba haciéndose de nuevas.

EVA.- Bueno, sí, lo sabía, pero es que mi amiga me dijo que era usted un poco cojo, pero no tanto.

ADÁN.- Además, ¿cómo que se lo dijo una amiga? ¿Qué amiga? ¿No han muerto todas sus amigas?

EVA.- Me lo dijo antes de morir.

ADÁN.- ¿Antes de morir?

EVA.- Sí, antes de morir.

ADÁN.- En su lecho de muerte.

EVA.- Sí.

ADÁN.- Como si lo estuviera viendo: «Hay un cojo al que le violaron la novia en el Parque del Oeste que funciona que te mueres», y ya en los últimos estertores, «Toma, toma la dirección, es un cojo estupendo, disfrútalo a mi salud», y murió. ¡Eso es una amiga!

EVA.- Venga, no seas tonto, lo de la violación me estaba excitando, no lo echas a perder.

ADÁN.- Pero, pero cómo una violación.

EVA.- Usted me toma por las muñecas y me tira, me tira al tiempo que se arroja sobre mí.

ADÁN.- No, no es mi estilo.

EVA.- Yo grito, grito desesperadamente.

ADÁN.- Vendrían los vecinos.

EVA.- ¿Pero qué vecinos?

ADÁN.- Los que vendrían... si los hubiera.

EVA.- Sería, sería estupendo, los vecinos golpeando la puerta, y usted arrancándome la ropa salvajemente. **(Materialmente sobre él.)**

ADÁN.- Pero bueno, por favor, contrólese.

EVA.- Usted me coge así para que no grite, mientras con la otra me golpea sin piedad.

ADÁN.- No, no tengo... no tengo ningún interés en golpearla.
¡Lo mío es la conversación!

EVA.- Yo, yo, yo... yo me resisto, grito, pataleo.

ADÁN.- Pero qué necesidad...

EVA.- Usted me retuerce, me descoyunta.

ADÁN.- Oiga, no, mire, no insista, es inútil, eso no puede funcionar.

EVA.- Pero si es apasionante.

ADÁN.- Que no, que lo sé que no.

EVA.- ¿Es que no le excita?

ADÁN.- Pero cómo va a excitarme.

EVA.- Usted se hinca hasta el fondo mientras yo le muerdo y le araña.

ADÁN.- Pero no sea tonta. ¿Es que está loca?

EVA.- ...y le muerdo y le araña.

ADÁN.- Mire que no, no se empeñe, que a mí si me muerde y me araña se me afloja, que lo sé, seguro que se me afloja.

EVA.- ¿Y la pasión? ¿Y el deseo?

ADÁN.- ¿Qué deseo?

EVA.- Vióleme, ¿a qué espera?

ADÁN.- Lo... lo siento, no cuente conmigo.

EVA.- ¡No sea cenizo!

ADÁN.- Además, si nos revolcamos así, de cualquier manera, puede hacerse daño con la pata de palo.

EVA.- Me excita su pata de palo.

ADÁN.- A usted, por lo visto, cuando se excita, es que le excita cualquier cosa.

EVA.- Qué quiere, me excita.

ADÁN.- Es... es demasiado.

EVA.- No lo puedo evitar. Me excita. Me excita muchísimo.
Tan dura, tan... tan tiesa.

ADÁN.- Excitarse con una pata de palo, seguro que es inmoral.

EVA.- Necesito ver su pata de palo.

ADÁN.- ¿Cómo?

EVA.- **(En el suelo, cogida a sus pantalones.)** Bájeselos que se la vea.

ADÁN.- **(Resistiéndose.)** Ah, no, no, no, eso sí que no.

EVA.- **(Forcejeando.)** Pero no se resista, si... si es sólo un momento.

ADÁN.- Deje... deje en paz mis pantalones.

EVA.- Un momento, me la enseña un momento y se los vuelve a poner.

ADÁN.- No, no quiero, no me gusta.

EVA.- **(Tirando.)** Pero si no pasa nada

ADÁN.- **(Sujetándose los.)** Será posible.

EVA.- Pero relájate, no estés tenso.

ADÁN.- ¿Que... que no esté tenso? ¿Cómo que no esté tenso?
¡¡Es que no quiero!!

EVA.- ¡Pero por qué?

ADÁN.- ¡Pues porque no!

EVA.- **(Extremando el forcejeo por quitárselos.)** Un momento, venga, anda, yo te ayudo.

ADÁN.- Basta, ¡eh? ¡¡Basta ya!!

EVA.- Vale, vale, bueno, como quieras.

ADÁN.- No quiero, ¿no? ¡Pues ya está!

EVA.- Tampoco es para ponerse así.

ADÁN.- ¡Manía!

EVA.- No sé qué importancia tiene.

ADÁN.- Pues no la tendrá, pero no me gusta, no voy a estar, ahí, enseñándosela a la primera que... Son cosas íntimas.

EVA.- Estamos aquí para eso, ¿no? Para satisfacer nuestros deseos, no sé a qué vienen ahora esos pudores.

ADÁN.- Sí, pero deseos normales. Hay cosas, que no se pueden hacer, ni, ni, ni... ni cobrando.

EVA.- ¿Cobrando? ¿Estaría dispuesto a dejarse pagar?

ADÁN.- No. Bueno... sí; depende.

EVA.- ¿Depende de qué?

ADÁN.- De la cantidad, por supuesto.

EVA.- ¿Y eso?

ADÁN.- Uh... me excita.

EVA.- Pero usted dijo que lo que le excitaba era pagar.

ADÁN.- Pagar o que me paguen, qué más da, lo que me excita es que medie el dinero.

EVA.- Si eso facilita las cosas, estoy dispuesta a pagar.

ADÁN.- ¿Cuánto?

EVA.- No sé, mil quinientas.

ADÁN.- ¿Mil quinientas? Por mil quinientas no se enseña ya ni una pata de carne natural.

EVA.- Pues no sé, ¿qué quiere?

ADÁN.- Ciento cincuenta mil.

EVA.- Bueno, ¡ya estamos!

ADÁN.- ¿Qué pasa? Ciento cincuenta mil es una cantidad razonable, qué menos.

EVA.- (Con rabieta.) Es que siempre es lo mismo, yo mil quinientas y tú ciento cincuenta mil.

ADÁN.- Qué más dará. A ver si nos va a importar ahora el dinero.

EVA.- No importará, pero siempre estamos igual, queda una como una esquinera y tú te pones de seductor internacional.

ADÁN.- Vale, vale, como quieras, mil quinientas. Si es por eso, mil quinientas y no se hable más.

EVA.- (Refunfuñando.) De acuerdo.

ADÁN.- El pago por adelantado.

EVA.- ¿No se fía?

ADÁN.- Usted lo dijo, excita más.

EVA.- (Toma el dinero del bolso.) A veces hablo demasiado.
(Se lo da.)

ADÁN.- (Guardándoselo.) Le advierto que es precio de oferta.

(Suena la alarma, rompiendo de nuevo la situación.)

EVA.- Me pone nerviosa, me descoloca. ¿Pero por qué no la quitas?

ADÁN.- Déjalo, no volvamos a lo mismo.

EVA.- No puedo excitarme con eso ahí sonando. Además, cada vez se dispara antes.

ADÁN.- (Quita la alarma.) Bueno, ya está. Cuando tiene baja la batería se ve que no funciona bien el programador.

EVA.- Qué más da que se adelante o no, siempre me sobresalta.

ADÁN.- Debería reforzarla con otra placa solar.

EVA.- Lo que tienes que hacer es quitarla. Es... es absurdo. Tienes que quitarte esa idea absurda de la cabeza.

ADÁN.- ¿Absurda? Yo la encuentro divertida.

EVA.- A veces tienes cosas de niño. O de loco.

ADÁN.- Mejor de niño, ¿no? O no, mejor de loco.

EVA.- No te lo tomes a broma.

ADÁN.- Ríe por no llorar.

EVA.- No puedes seguir... no podemos seguir obsesionados con esa idea.

ADÁN.- ¿Tienes otra mejor?

EVA.- Tengo miedo.

ADÁN.- No pienses en eso ahora.

EVA.- **(Rompe a llorar.)** Es inútil.

ADÁN.- **(Acariciándola.)** Venga, deja, no vayamos a enfriarnos ahora.

EVA.- **(Rehaciéndose.)** Sí, no vayamos a enfriarnos.

ADÁN.- ¿Pasamos al dormitorio o prefiere la silla?

EVA.- Donde usted diga. Usted es el experto.

(Suena de nuevo la alarma.)

EVA.- ¡Maldito cuervo! ¡Timbre de mal agüero! Luego no digas que no se ha disparado antes de tiempo.

ADÁN.- **(Desconectándola.)** Sí, sí, de acuerdo, está mal.

EVA.- Pero cómo quieres que me excite con ese artefacto ahí, gritando como un alma en pena.

ADÁN.- Pues no se va a quitar.

EVA.- Es... es de locos.

ADÁN.- Me da igual, me da exactamente igual, te pongas como te pongas ese cacharro va a seguir ahí.

EVA.- Lo que hay que hacer es dejar de una vez este juego absurdo.

ADÁN.- ¿Qué juego? ¿Quién está jugando?

EVA.- Tienes razón, ¿qué juego? Esto es una pesadilla.

ADÁN.- Si quieres acabamos, nos pegamos cuatro tiros y acabamos de una maldita vez.

EVA.- Habrá otra solución.

ADÁN.- No la hay.

EVA.- Algo se podrá hacer.

ADÁN.- ¿Sí? ¿Qué?

EVA.- Algo.

ADÁN.- ¿Qué otra cosa se puede hacer? Se puede saber qué es lo que quieres que hagamos.

EVA.- Pues algo, qué sé yo, cualquier cosa.

ADÁN.- Óyeme bien lo que te digo. No hay salida. Entiéndelo de una vez por todas. No hay solución. Y si seguimos aquí, intentándolo hasta el final, es sólo por eso, por intentarlo hasta el final.

EVA.- Pero antes te excitaste.

ADÁN.- ¿Que me excité?

EVA.- No lo irás a negar.

ADÁN.- Por supuesto que lo niego.

EVA.- Ah, no, no, no, tú sabes que no. Cuando metí la mano...

ADÁN.- ¿Pero qué pretendes?

EVA.- Estabas duro, ¿no?

ADÁN.- Estoy harto de que me masturbes la hernia.

EVA.- Insinúas, estás insinuando...

ADÁN.- Lo estoy afirmando.

EVA.- Pero tenemos que excitarnos. ¿Es que no crees que podamos excitarnos?

ADÁN.- Creo en la resurrección de la carne, pero no hasta ese extremo.

EVA.- Calla, por favor, calla.

ADÁN.- No hay placer, no hay deseo, no podemos tener hijos, entonces para qué. ¿Para qué quieres seguir viviendo?

EVA.- Todo esto es una locura.

ADÁN.- Ahora te das cuenta.

EVA.- ¿Pero qué es lo que quieres?

ADÁN.- Morirme. Está muy claro. Echar un polvo y morirme.

EVA.- Esa obsesión tuya no tiene sentido.

ADÁN.- Pues para mí es lo único que tiene sentido. Fornicar y morirse son las dos únicas cosas serias que se pueden hacer en esta puta vida.

EVA.- Quieres dejar de decir tonterías.

ADÁN.- Nada me gustaría más que morir fornicando.

EVA.- Pero si no puedes.

ADÁN.- O morir en una postura obscena, qué más da. Haciendo de vientre, como sea, pero morir molestando.

EVA.- ¿Molestando, a quién?

ADÁN.- Qué sé yo, molestando, en general.

EVA.- Cada día estás peor de la cabeza, a mí todo esto me ha hecho polvo el estómago, pero a ti se ve que te está destrozando la sesera.

ADÁN.- No lo vamos a conseguir. Lo tengo clarísimo. Nunca tuve las ideas tan claras, pocas, pero claras.

EVA.- Pero cómo quieres que nos excitemos si cada día lo hacemos peor, ya hasta en las historias te equivocas.

ADÁN.- ¿Que me equivoco?

EVA.- La película que decías, no era de Gary Cooper, sino del actor ese, rubio, bajito, que nunca me acuerdo como se llama.

ADÁN.- Qué más dará.

EVA.- No hacemos un lío. No... no puedo seguirte, no sé cuando te equivocas para que te coja, o cuando dices lo primero que se te ocurre de puro aburrimiento. Quizás llevemos demasiado tiempo con lo mismo. Podíamos intentar historias nuevas.

ADÁN.- No creo que sirva para nada. Pero bueno, dame el periódico a ver si se nos ocurre algo.

EVA.- **(Hace un gesto de dolor.)** ¡Mierda!

ADÁN.- ¿Qué te pasa?

EVA.- La mano, me están dando calambres.

ADÁN.- No será que no te lo dije, esa mano había que haberla cortado, y cuanto más tarde se corte va a ser peor.

EVA.- No quiero morirme a pedazos. Me niego a morirme a pedazos.

ADÁN.- Acuérdate de lo que decías cuando hubo que cortar la pierna.

EVA.- No soporto el dolor. **(Va al botiquín y toma pastillas.)**

ADÁN.- **(Mirando el periódico.)** Mira esto, ¿no querías historias nuevas?: «Mata a su amante y se la come a la brasa». ¿Cómo es que no vimos una noticia así?

EVA.- No me divierte.

ADÁN.- ¿Sabes que comerse los sesos de la pareja es un fuerte afrodisiaco?

EVA.- Por favor, habla alguna vez en serio.

ADÁN.- Estoy hablando en serio.

EVA.- Necesito dormir. ¿Por qué no quitas la alarma y dormimos un rato?

ADÁN.- No.

EVA.- Pero, ¿por qué?

ADÁN.- Lo sabes muy bien. No vamos a quitar la alarma, ni a dormir, ni a seguir engañándonos.

EVA.- Yo hago lo que tú quieras, pero es una locura. No podemos seguir esta locura hasta el final.

ADÁN.- A qué esperar más.

EVA.- Si hemos llegado hasta aquí, si hemos sobrevivido es por algo, para dar testimonio de algo.

ADÁN.- Sí, para dar testimonio de que hemos sobrevivido. Mira tú por donde no tenemos otra cosa en qué pensar, más que en dar testimonio.

EVA.- Tenemos que intentarlo.

ADÁN.- No lo compliques más, es mejor dejar las cosas como están.

EVA.- Necesitamos algo que nos sobreviva.

ADÁN.- No te preocupes, la alarma nos sobrevivirá.

EVA.- Quiero un hijo. Quiero tener un hijo, no que me sobreviva un timbre.

ADÁN.- Estamos esterilizados.

EVA.- No estamos esterilizados.

ADÁN.- Todo está esterilizado. El mundo es estéril, así que confórmate con una alarma. Mira, lo peor que puede ocurrir es que cuando los marcianos vean pasar la Tierra, piensen que es una ambulancia.

EVA.- No sé cómo puedes bromear con una cosa así.

ADÁN.- Qué quieres.

EVA.- Me parece una broma macabra.

ADÁN.- Lo es.

EVA.- No debimos salir del refugio.

ADÁN.- Ni entrar, lo que tuvimos que hacer fue no entrar.

EVA.- Si no hubiéramos salido puede que todavía estuviéramos bien.

ADÁN.- Y si no hubiéramos entrado no tendríamos que haber salido.

EVA.- En el refugio puede incluso que hubiéramos tenido hijos.

ADÁN.- Dejémoslo ya. Si no podemos excitarnos, hagamos como si nos excitáramos y acabemos de una maldita vez.

EVA.- Pero... no... no hagamos locuras.

ADÁN.- Súbete la falda. **(Desmonta los brazos de la silla de ruedas.)**

EVA.- ¿Qué vas a hacer? ¿Qué quieres hacer?

ADÁN.- Súbete la falda y siéntate sobre mí.

EVA.- Pero... pero si no estoy excitada.

ADÁN.- Pues haz como si lo estuvieras.

EVA.- ¿Por qué no seguimos intentándolo? Trae **(Coge el periódico.)**, tiene que haber algo con lo que podamos excitarnos.

ADÁN.- Es inútil.

EVA.- Llevamos meses así, ¿por qué no lo intentamos aunque sólo sea una semana más?

ADÁN.- Nunca más.

EVA.- Podemos intentar el de la maestra que seducía a sus alumnas.

ADÁN.- ¿Yo qué hago, de maestra o de colegiala?

EVA.- (Destrozando el periódico.) Tiene que haber algo que nos excite.

ADÁN.- Por qué no lo aceptas de una maldita vez.

EVA.- Tenemos que intentarlo.

ADÁN.- Lo hemos intentado todo.

EVA.- Tenemos que intentarlo hasta el final.

ADÁN.- Esto es el final.

EVA.- No.

ADÁN.- Si no es posible excitarse, lo que hay que hacer es fingir.

EVA.- ¿Es que no lo entiendes? Quiero tener un hijo. **(Rompe a llorar.)** ¡Quiero tener un hijo!

ADÁN.- Lo entiendo, y no es posible. ¡Lo entiendes tú? ¡No es posible!

EVA.- Una semana más.

ADÁN.- Pero para qué soportar más dolores, para qué seguir despedazándonos. Quieres acabar mutilada como yo.

EVA.- Sólo una más.

ADÁN.- El final va a ser el mismo.

EVA.- Nunca se sabe lo que puede ocurrir.

ADÁN.- Ya, mientras hay vida hay esperanza.

EVA.- Puede ocurrir un milagro.

ADÁN.- No empecemos.

EVA.- Si Dios quiere, puede hacer un milagro. Seguro que cuando menos lo esperemos, el día menos pensado...

ADÁN.- ¿Y por qué no lo hace hoy? ¡A qué espera? ¡Nos está haciendo una prueba?

EVA.- Él lo puede hacer, está en su mano; si Él quiere, puedo quedar embarazada.

ADÁN.- Sí, ya, concebir por obra y gracia del Espíritu Santo. Mira, yo no sé si tú te ves de Virgen María, pero lo que es yo, no me veo en absoluto de San José.

EVA.- No blasfemes.

ADÁN.- No creo que nadie pueda ofenderse porque yo no me vea de San José.

EVA.- Lo que pasa es que no tienes temor de Dios.

ADÁN.- ¿Que no tengo temor de Dios? Te equivocas, es más, me aterra. Figúrate, si en la situación en la que estamos, se le ocurre mandarnos un castigo divino. Primero una guerra nuclear y luego un castigo divino, pues menuda vejez que nos espera.

EVA.- Todo lo que nos pasa nos lo tenemos merecido.

ADÁN.- No sabes lo que me tranquiliza.

EVA.- ¿Pero es que no te sientes culpable?

ADÁN.- ¿Culpable? ¿De qué?

EVA.- De todo, de la destrucción, del fin.

ADÁN.- Pues claro, por supuesto, claro que me siento culpable, lo que más me gusta de todo esto es sentirme culpable, ser culpable de una cosa así da prestigio.

EVA.- No se puede hablar contigo.

ADÁN.- Lo malo es si resulta que ni siquiera somos culpables, si resulta que sólo somos imbéciles.

EVA.- Aún podemos rehacer nuestras vidas.

ADÁN.- **(Con un gesto que abarca el panorama.)** No seas ingenua.

EVA.- **(Con temor.)** Podemos arrepentirnos.

ADÁN.- **(Salta.)** ¡Arrepentirnos? Ya es tarde para arrepentimientos. Ahora a reventar.

EVA.- No.

ADÁN.- Súbete.

EVA.- No, por favor.

ADÁN.- Álzate la falda y súbete.

EVA.- Pero... pero si no estoy excitada.

ADÁN.- Pues haces como si lo estuvieras.

EVA.- No, aún no, vamos a intentarlo un día más, sólo un día más.

ADÁN.- **(Toma la caja que hay sobre el escritorio y saca los revólveres.)** Acabemos de una vez.

EVA.- **(Retrocede.)** No, no. No puedo.

ADÁN.- **(Ofreciéndole uno de ellos.)** Toma.

EVA.- No. No. Tengo miedo.

ADÁN.- Súbete.

EVA.- Es que no puedo.

ADÁN.- Súbete y finge.

EVA.- No puedo. No puedo. **(Rompe a llorar.)** Te quiero.

ADÁN.- No lo hagas más difícil.

EVA.- Tengo miedo.

ADÁN.- **(Tomándola por la muñeca la fuerza a subirse.)** Sube ya de una vez.

EVA.- Creo que voy a vomitar.

ADÁN.- Pues vomita, pero no te detengas.

EVA.- No me hagas daño.

ADÁN.- No va a doler.

EVA.- Por favor, no me hagas daño.

ADÁN.- Dolerá menos que si tuvieras que cortarte la mano.

EVA.- ¿Qué quieres que haga?

ADÁN.- Goza. **(Le da la pistola.)**

EVA.- Pero cómo, si no puedo, si es que no puedo.

ADÁN.- Pues jadea. Muévete y jadea como cuando gozábamos.

EVA.- Esto es una locura. Una locura.

ADÁN.- Jadea, por el amor de Dios, jadea.

EVA.- (Jadeando.) ¿Así... así?

ADÁN.- Sigue.

EVA.- Te quiero.

ADÁN.- Dispara.

EVA.- No.

ADÁN.- Dispara.

EVA.- Hazlo, tú si quieres.

ADÁN.- Dispara, ¿a qué esperas?

EVA.- No puedo.

ADÁN.- Tú primero. Dispara tú primero.

EVA.- No puedo... no puedo... ¡¡¡no puedo!!!

ADÁN.- No pares ahora, no pares.

EVA.- No me excita. **(Llorando.)**

ADÁN.- Jadea, no te detengas.

EVA.- ¡Pero cómo quieres que me excite?

ADÁN.- ¡Maldita sea! Jadea y dispara de una vez.

(Toma la mano de ella y, apretando el revólver contra su cintura, fuerza el disparo. Fuerte sacudida, se contrae, sangra.)

**EVA.- (Gutural.) ¡No! ¡No! (Le abraza.) ¿Qué has hecho?
(Llorando.) ¿Qué has hecho?**

ADÁN.- Acabar.

EVA.- Maldita historia.

ADÁN.- Yo... yo también te quiero.

**(Y mientras la besa, un segundo disparo hace caer a EVA
de espaldas, quedando entrelazados en una extraña
postura de sexo.)**

**(La alarma, gritando como un grajo, atruena la sala,
mientras baja el telón o se hace el oscuro.)**

65

Libros Tauro
www.LibrosTauro.com.ar